

NAPOLEON, HOMBRE DE ESTADO

Carlos Meléndez Ch.

PROBLEMATICA

Cuando por amable petición, el profesor Emile Moirin me solicitó para este ciclo de conferencias sobre Napoleón, el tema, no dude en escoger a Bonaparte para analizarlo como hombre de estado, dado que es en nuestra opinión, el rasgo que más sirve para destacar su grandeza. Es en este campo en donde podemos evaluar los méritos de aquellos dedicados a servir a un amo exigente y severo: El Estado.

Reconocemos además, que pocos individuos en la historia han sido objeto de particulares estudios, de minuciosos enfoques y serias polémicas, como el personaje que nos ocupa. ¿Pero, acaso no fue Napoleón en su propia época objeto de fervientes elogios y tremendos ataques? ¿Acaso no se sigue perfilando su figura en la Europa de hoy, como lo fue en la de su tiempo? Napoleón tiene esa rara virtud de no apaciguar los ánimos, ni mucho menos hacer descansar las opiniones a la hora de hacer su memoria. Esto es un índice muy claro de que su huella no se ha borrado, de que su memoria no se ha perdido y que por lo tanto sigue viva y trascendiendo a su propio pasado. Tal es la virtud del hombre de estado.

El estudio de la huella de Napoleón, considerado como hombre de estado, nos lleva necesariamente en primer lugar, a la necesidad del hacer girar nuestras primeras consideraciones alrededor de su propia biografía. Napoleón, como todo hombre, es en mucho él mismo, dentro de su propia circunstancia. En otras palabras, no es posible desligar al personaje de su época, de la serie de factores que determinaron que Napoleón fuera en realidad lo que fue, un hombre polifacético y controvertible, que aun buscamos conocer mejor y con mayor ahínco comprender más hondamente.

No importa que la historia tradicional se empeñe en destacar sus episodios guerreros, sus amoríos llenos de pasión humana, sus flaquezas y virtudes; no importa que le veamos desde el ángulo francés o del europeo. Hay siempre en él una constante que nos lleva a detenernos en este hombre que durante quince años fue el amo y señor del Viejo Mundo.

El mismo Napoleón, indudablemente tuvo conciencia de lo que significaba su propia obra, como que ella es el resultado de su propio y personal esfuerzo, de sus desvelos y fatigas. Ella contiene la impronta de su propio hacedor, como que es el resultado de un espíritu laborioso e infatigable, de un hombre de carácter que dio al mundo un raro ejemplo de constancia.

"Sí trabajaremos, porque el trabajo es la guadaña del tiempo y al cabo es forzoso que así sea; este es mi sistema" (1).

(1) Las Cases, S. f., I:35.

Pero la realidad es que Napoleón trabajará con un material de difícil condición: La sociedad europea de su tiempo. Es un barro trabajoso de manejar, demasiado blando, poco maleable para modelar sobre él; sólo un artista diestro puede usar tales materiales.

"A mí me gusta el poder, pero me gusta como artista . . . Me gusta como un músico que adora su violín. Me gusta para obtener de él sonidos, acordes, armonías . . .", dirá en una ocasión (2).

La vida de Napoleón está tan llena de acontecimientos tan diversos, que resulta a la hora de un enjuiciamiento de su obra, difícil proceder a hacer una adecuada selección de los materiales más representativos. Son tan abundantes, son tan contradictorios, que por un mismo camino es fácil llegar a las conclusiones más diversas, por cuanto buscamos una congruencia total en su vida, y nos olvidamos que tuvo que actuar en momentos tan diferentes, tan variados en cuanto a forma y fondo, que no es posible hallar a la hora de la disección histórica, la línea fija, invariable, casi metafísica de su pensamiento. Todo lo contrario, serían más bien necesario realizar una adecuada valoración del fenómeno napoleónico: Revolución, Consulado, e Imperio. Cada momento con sus propias señales y características; cada etapa enmarcada dentro de los factores circunstanciales que le dieron forma.

Pero es evidente que esto no lo podemos hacer aquí. Pretendemos dejar una visión general de la figura de Napoleón; pero traspasaríamos la extensión y los límites que aconseja la prudencia en una conversación como ésta. Además, no nos sentimos todo lo suficientemente documentados como para intentar realizar esta tarea tan atractiva, pero que va más allá de nuestras posibilidades de información y análisis.

Sirva esto al menos como excusa para aquellos que esperaban algo mayor de lo que estamos en condición de realizar.

Había en Napoleón un afán extraordinario por comprender el mundo, una sed insaciable por la cultura humana, aunque a la vez él mismo estaba consciente de sus limitaciones. Como individuo, fue quizás uno de los más sedientos de sabiduría, de conocimiento, de experiencia. Pero no saber por saber, sino conocimientos con miras a su aplicación práctica.

Se ha formado algo así como un mito en torno a sus conocimientos enciclopédicos; otros han creído que su cultura era muy limitada; entre estas dos contradictorias posiciones han surgido a su vez toda una gama de variantes, que van del cielo al infierno. Pero es que quizás se ha perdido la perspectiva de su persona, y más de una vez se ha olvidado de que es esencialmente un ser humano, lleno de flaquezas y virtudes, pleno de afanes superiores pero hecho del mismo material de que estamos formados todos los hombres.

Como ser humano llamado a tener sobre sus hombros extraordinarias responsabilidades, hubo de cometer en el desempeño de las mismas, graves aciertos y profundos yerros, que sirven para exaltarle o denigrarlo, según sea lo que deseemos ver en él.

Pero ¿No había en él algo más grande de lo que sus admiradores o detractores nos han señalado? Sólo de este modo es posible que hubiese podido llegar a adquirir la figuración tan notable que tuvo en su época. Es la única manera de poder hallar la clave para la adecuada comprensión.

Quizás podamos hallar en uno de sus rasgos más peculiares, buena parte de la clave para esta ligera búsqueda en torno a la personalidad de Napoleón. Es el hecho de que condenó siempre a lo que él llamó "el ideólogo", al hombre que se desconectaba de la realidad, y que en consecuencia su pensar y decir no pasaba de ese plano eminentemente intelectual al real.

(2) Bouthoul-Ortuño, 1966, I:486.

"Hay una clase de hombres que ha hecho mayor mal a Francia que los más feroces revolucionarios: "phraseurs" e ideólogos, espíritus vagos y falsos", exclamaba alguna vez (3).

Frió en sus análisis de la realidad, no por ello dejó de lado al hombre en su dimensión general; todo lo contrario, era profundamente conocedor de la humanidad, amante de ella y servidor fiel de su causa. Buena parte de su éxito se debió a su sentido realista.

"Conoció a fondo las pasiones de los hombres y aprendió a servirse de ellas para dominarlos" (4).

Su inteligencia matemática, fue el instrumento de que se valió para llevar adelante sus planes y propósitos en el camino de su vida. Ideas lógicas, bien desarrolladas muchas de ellas, acordes con su propia manera de pensar en los momentos en que hubo de analizarlas y someterlas ante el apremio de los requerimientos prácticos. Napoleón es el hombre del siglo XVIII, racionalista, y filosófico, navegando dentro del mar del Despotismo Ilustrado, del que es figura representativa.

Otra de las cosas que llevaron a Napoleón a ser lo que fue, es el hecho de su creencia o más bien convicción de ser un hombre escogido por el destino para una misión importante. Si hemos de creer a Marmont, alguna vez Napoleón había confesado lo que sigue:

"Siento que estoy destinado a acciones que el mundo no sospecha" (5).

Y nos confesamos inclinados a creerlo, puesto que paso a paso, a través de su vida, hay evidentes huellas de esta convicción. Sin embargo debemos destacar que se trataba esencialmente de un destino individual, no nacional, de modo que en cierto modo su obra se resume en muchos aspectos en su propia biografía.

La realidad es —y lo señala así Aubry—, que a "los veinticinco años de edad era célebre, a los cuarenta lo poesía todo, a los cincuenta ya no tenía nada más que un nombre, pero un nombre cada una de cuyas sílabas subleva a los hombres, cuyo eco no morirá más que con su raza" (6).

Yo diría que Napoleón es la antena receptora de una tradición clásica que le envolvió consciente o inconscientemente dentro del misionalismo en que modeló su vida.

Ve en el pasado el fundamento de la grandeza del futuro; bebe en los deleitosos manantiales de los griegos y romanos, de los galos y sacro-romanos, el vino con que embriaga su vida, con que empapa sus sueños y sus glorias. El frío pero esplendoroso cuadro que de Napoleón pintara Ingres, impresiona por su clasicismo, pero más nos llama la atención por lo que quiere significar, que está acorde con la mente del propio hombre de estado allí representado.

Vive en efecto Bonaparte su gloria; se siente el escogido, es el héroe de Plutarco o de Corneille y se ajusta a los patrones con que más tarde Carlyle estudiará los suyos. Es, como dice Lefebvre, Alejandro dueño del Oriente, soñando en la conquista de la Tierra; es

(3) Pabón, 1944, 14.

(4) Lefebvre, 1960, 171.

(5) Pabón, 1944, 27.

(6) Aubry, 1951, 10.

"César, Augusto, Carlomagno, creadores y restauradores de Imperio Romano, cuyo solo nombre implica la idea de lo universal. Artista, poeta de la acción, para quien Francia y la humanidad no fueron sino instrumentos" (7).

Quizás en esos mismos instantes, de ser cierta la frase atribuida a Poali en la juventud de él, piensa:

"Napoleón, estás tallado a la antigua, eres un hombre de Plutarco" (8).

Al crear su imperio, llega a declarar en este mismo sentido:

"Yo soy un emperador romano... soy el sucesor de Carlomagno"; al hacer el recuerdo de su matrimonio con María Luisa, para confesar lo que evidentemente fue en parte un error de su vida, expresa:

"Al desposar una Archiduquesa yo quise unir el presente con el pasado, los prejuicios góticos y las instituciones de mi siglo" (9).

Y el hijo anhelado nacido de esta unión, recibió en recuerdo del Sacro Imperio Romano Germánico el título de Rey de Roma.

De este modo hallamos en Napoleón al hombre de destino, al puente entre la antigüedad clásica o la Edad Media europea, los tiempos modernos y el futuro, el destino de una Humanidad en la que se fincaban las mejores esperanzas.

Debemos terminar aquí nuestra primera parte del trabajo. Es imposible seguir adelante, si queremos tratar con algún detalle el tema de nuestro principal interés. Pero hemos llegado ya a algunas afirmaciones fundamentales para adentrarnos en la mente del hombre de estado; necesarias para entender la obra del estadista y visionario, pero que fue, es y seguirá siendo la de un simple mortal, lleno de grandezas y miserias, pero en todo caso pletórico de enseñanzas.

EL CONSULADO (1799-1804)

Tantas veces se ha contado la vida de Napoleón desde su primera llegada a Francia, hasta el golpe de 18 de Brumario, que atrevemos siquiera a hacer una ligera mención de tales sucesos, sería una ofensa al distinguido público, que bien conoce de todas estas incidencias.

La historia del Consulado es la de la primera respuesta a la obra destructiva de la Revolución. Como un resultado lógico de los acontecimientos que habían desembocado en la anarquía, es explicable que los pueblos se inclinasen, tras diez años de zozobras y preocupaciones, a una estabilidad, aunque para lograrlo hubiese que hacer los mayores sacrificios.

"El 18 de Brumario no fue considerado por los franceses de la época —dice Barnois— como un atentado a sus libertades. ¡Tenían tan pocas desde hacía algún tiempo!" (10).

Del mismo modo como Austerlitz justifica el Imperio, Marengo justificó el Consulado. Nada de raro entonces, que el general victorioso se quedará con el poder.

(7) Lefebvre, 1960, 171.

(8) Pabón, 1944, 10.

(9) Pabón, 1944, 94-95.

(10) Maurois, 1957, 121.

La guerra fue una cosa heredada por la revolución; pero a partir del golpe de noviembre de 1799, los empeños de Bonaparte serán para fijar la revolución. El mismo lo expresaba en esa forma.

"Y quería decir que había detenido el desarrollo hacia la anarquía y había estabilizado, consagrado sus resultados" (11).

Otra de sus expresiones sobre este mismo momento fue la de:

"Hemos terminado la novela de la Revolución; es preciso comenzar la historia" (12).

Pero para dar un paso de tanta trascendencia, es indudable que hubo un momento en la vida de Napoleón, en el que la desilusión ante el sistema vigente, le llevó a la convicción de que había que hacer algo efectivo por acabar con los males que iban cobrando fuerza. Las Cases, en el exilio de Napoleón en Santa Elena, recoge de boca del propio ilustre desterrado, la reminiscencia de Bonaparte de que,

"su patriotismo se rindió en vista de los absurdos políticos y los monstruosos civiles de nuestros legisladores. En fin, su fe republicana desapareció en la época en que el Directorio violó las elecciones del pueblo, en tiempo de la batalla de Aboukir" (13).

Al asumir las tareas del Consulado, Napoleón se halló frente a muy delicada situación, por cuanto, como lo expresó más tarde el Conde de Segur,

"Francia se había ganado la enemistad de los pueblos por sus conquistas y la de los reyes por su revolución" (14).

Tenemos en definitiva que "le petit caporal" es hijo y heredero de la Revolución, del caos y anarquía sembrados por Marat, con sus resentimientos de intelectual fracasado, que se vengaba de la sociedad que no había reconocido sus méritos; de Robespierre el fanático que se transformó en hiena; de Dantón, cuya desbordada pasión fue causa de tantos males (15).

La obra del hombre de estado desde el 18 de brumario, es también difícil de analizar, dada no sólo su trascendencia sino sus múltiples formas de manifestarse. Puede decirse que el ideal primario de su principal realizador, va a ser la de llevar a cabo la unión de los franceses, y para ello el primero y necesario paso ha de ser su organización, pero por supuesto sin perder de vista los intereses personales de quien impulsa tales cambios.

La buena estrella de Napoleón se iniciaba de este modo, al auspiciar la reconciliación de la vieja Francia con la nueva. Para ello parte de la idea de que la Revolución está terminada y que hay por lo tanto que emprender las nuevas tareas que las circunstancias del momento demandaban.

No fue tarea fácil la de organizar al estado francés de acuerdo con la manera personal de ver las cosas de su organizador. Es evidente que en el proceso de consolidación de esta obra, hay un naciente despotismo de Bonaparte, el cual resulta reforzado con la centralización que trata de establecer, con sede en París.

(11) Pabón, 1944, 30.

(12) Id., pág. 31.

(13) Las Cases, s. f., II:19.

(14) Pabón, 1944, 58.

(15) Pabón, 1944, 19.

Napoleón sacó siempre ventajas personales en cuanto a poder, de todas estas circunstancias, de modo que cada vez fue más creciente su absolutismo, que le permitió llegar hasta el rango de Emperador.

Es evidente que al asumir estas funciones como Primer Cónsul, Bonaparte sabía ya claramente qué era lo que debía hacer. Su trayectoria militar no sólo le había dado la experiencia sobre los métodos de procedimiento, sino lo que es más importante, cuáles eran las tareas más inmediatas a ejecutar.

“Desde el punto de vista civil y económico, confirmó Bonaparte la obra de la Revolución: todos los franceses conservaron su igualdad ante la ley; y los que habían adquirido bienes de la propiedad de la nación fueron confirmados en la posesión de los mismos. Pero desde el punto de vista político, Bonaparte resucitó las tradiciones arbitrarias de la antigua monarquía y sus instrumentos fueron a menudo meras reproducciones de las de aquélla” (16).

Dentro de su afán por el ordenamiento público, sobresale su organización de la hacienda, liquidando por ejemplo el pasado mediante la llamada Caja de Amortización. Ordena el procedimiento de recaudación y por medio de un Banco, regula la relación de la riqueza privada con el Estado.

“Bonaparte, al poner a disposición de la iniciativa privada las reservas del Tesoro del Estado por la creación del Banco de Francia —expresa Pirenne— le dio grandes posibilidades de crédito que provocaron el aumento inmediato de la economía, favorecida por el orden político interior. La utilización de las reservas del Estado como instrumento de crédito, las hizo productivas y favoreció enormemente el resurgimiento de la Hacienda Pública, saneada por el sistema de presupuestos, que aseguró un equilibrio entre los ingresos y los gastos” (17).

El Banco de Francia, representó una importante base de su poder, pero no llegó a otorgarle el monopolio de la emisión, por cuanto,

“Se tenía la sospecha de que reservaría el descuento comercial a sus accionistas, para obligar a la gente de negocios a tomarlos como intermediarios, pues se le confiaron las finanzas y el servicio de rentas y pensiones; a cambio, el Banco tomó tres millones de libranzas...” (18).

Lo que esta medida significó para el ordenamiento del país, no puede valorarse en pocas palabras. Pero a más de ello, para dejar claramente establecida la situación del Estado, ordenó abrir el gran libro de la deuda pública, que llevó al abandono de las prácticas de imposiciones forzosas a los individuos, o al menos las regularizó en una forma más adecuada a las circunstancias.

Uno de sus grandes pasos fue la reforma de la Administración Provincial, en parte como objeto de su política centralizadora. La ley de 28 de pluvioso del año VIII (17 de febrero de 1800), estaba llamada a dar rápidos resultados.

“Entre el departamento, que fue conservado, y las comunas, que recuperaron su autonomía, las circunscripciones administrativas (arrondissements) restablecieron los distritos, pero en menor número. La circunscripción fue confiada a un solo jefe, el prefecto, asistido por un secretario general, el subprefecto, el alcalde, rodeado de adjuntos, todos nombrados por el gobierno, o en el campo por el prefecto” (19).

(16) Ibarra y R., 1950, VII:64.

(17) Pirenne, 1961, V:123.

(18) Lefebvre, 1960, 177.

(19) Lefebvre, 1960, 177.

Bien conocido es que uno de los rasgos más salientes de este período del Consulado, es la obra de codificación del derecho francés.

"Napoleón dijo una vez en Santa Elena que su gloria consistía, no en haber ganado cuarenta batallas, sino en el Código Civil y en las deliberaciones de su Consejo de Estado. A juzgar por los juicios de los extraños, la suerte del Código Civil ha sido realmente brillante y amplísima su influencia. Sin embargo ha sido objeto de muchas y muy severas censuras. Savigny, el fundador de la escuela histórica de juristas europeos, y Austin, principal definidor de la escuela analítica en Inglaterra, atacáronlo con vigor y conocimiento de causa" (20).

Pese a sus detractores, resulta innegable el beneficio que esta legislación ha ejercido en el mundo. La sencillez y claridad de muchas de sus formas, le han ganado la fama de que goza, aunque debemos necesariamente reconocer que la legislación es hija de su tiempo. Es suficientemente conocida la preocupación de Napoleón por esta obra legislativa, en la que sus intervenciones fueron abundantes y a menudo oportunas, pese a no ser diestro en cuestiones de leyes. En estas deliberaciones, se exaltaba en ocasiones, y alguna vez llegó a exclamar en tono de crítica:

"Procedéis como abogados y no como estadistas. Para electrizar a los hombres es necesario hablar a sus sentidos" (21).

La dedicación y los esfuerzos consagrados a esta tarea, muestran a su vez la conciencia de Napoleón en torno a lo que él consideraba como fundamento del ordenamiento social.

"Bonaparte sabía perfectamente que estos intereses (generales del Estado) eran la igualdad ante la ley, la moralidad de la familia, la garantía de la propiedad, la tolerancia religiosa y un gobierno que se hallase por encima de los alborotos de partidos. He aquí la política que dejó impresa en el Código Civil" (22).

El Código Civil en cierto modo ha sido el símbolo de la Revolución y el caballo de batalla contra la aristocracia.

"Pero el Código consagra también la reacción contra la obra democrática de la República", nos agrega Lefebvre y prosigue: "concebido en función de los intereses de la burguesía, se ocupa ante todo de la propiedad, refuerza la autoridad marital y paterna y no habla, por decirlo así, de los que no poseen nada, a los cuales se prohíbe por medio de actas especiales, el derecho de huelga" (23).

Largo y no acorde con el plan que nos hemos trazado, sería entrar a un análisis más pormenorizado de estas y otras de las codificaciones de Napoleón.

La obra educativa de Napoleón tampoco puede ser llamada democratizante; es más bien ajustada a los patrones del Despotismo Ilustrado, aunque no tan exclusivista como en la época monárquica.

(20) Ibarra y R. 1950, 191.

(21) Ibarra y R., 1950, VII:184.

(22) Ibarra y R., 1950, VII:194.

(23) Lefebvre, 1960, 198.

"La instrucción pública fue puesta en armonía con la nueva estructura social. Las becas estaban destinadas de hecho a los hijos de los funcionarios y de la pequeña burguesía para hacerlos depender del Estado y de los dirigentes de la economía. Al lado de los liceos se autorizaran las "escuelas secundarias", poniéndolas bajo el control del gobierno. Si bien la enseñanza libre subsistió, fue acaparada por el clero, así como la educación de las niñas, que también se dejó en sus manos. A Bonaparte no le interesaba en forma alguna la instrucción del pueblo, por lo que las municipalidades quedaron en libertad para abrir o no escuelas primarias" (24).

La Legión de Honor, fue la base para el establecimiento de una especie de nueva aristocracia, la revolucionaria. El mismo, al hablar alguna vez que se quiso conectar su genealogía con la vieja nobleza mediterránea, exclamó que sus blasones arrancaban sólo del 18 brumario y que no se debía ir más allá, porque no había fundamentos.

En cierto modo también el Consulado representa una vuelta hacia atrás en cuanto al orden social, al permitir Napoleón dentro del proceso que podemos llamar de pacificación interior, la vuelta de numerosos emigrados, la restitución de muchos de sus bienes anteriores de que fueran despojados por la Revolución, incluso la negociación del nuevo Concordato, en su doble condición, interna e internacional.

En esta etapa aspira incluso a la paz exterior, como base para el desarrollo interno, y la paz de Luneville restablece el límite de las fronteras naturales, lo que concilia la relación con los grandes estados.

Su lucha es múltiple y compleja, pero encierra en el fondo un espíritu nacional, un anhelo que todo el pueblo comprende y se identifica en cierto modo con él. Es la voz de moderación, por largos años no escuchada por un pueblo cansado ya de rencillas y anarquías. Por eso es que se yergue Napoleón sobre elevado pedestal durante el Consulado. Habla de que se eliminen las facciones internas y afirma:

"Que mi gobierno reúna a todos los franceses... Lo necesario para servirme bien es servir bien al Estado. No se me sirve haciendo hacer mi elogio, al contrario, se me perjudica" (25).

Tal es en definitiva, y a grandes rasgos, la obra de Napoleón en el Consulado. Erige numerosas instituciones que sobreviven todavía en el presente; modela como artista la Francia de hoy.

EL IMPERIO (1804-1815)

En mayo de 1804 se convirtió Napoleón en Emperador de los franceses. Había en este paso una calculada actitud frente a la legitimidad de la casa de Borbón en Francia y de arrogada cortesanía ante el trono de los Habsburgo. El Papa Pío VII cruza los Alpes para coronar al nuevo monarca francés, que mil años después de Carlomagno, evocaba su figura y su imperio. Alguna vez Talleyrand expresó sobre Napoleón que

"Había en él una combinación de república romana y de Carlomagno, que le fascinaba" (26).

La transformación institucional de Francia, representa a su vez un viraje bastante apreciable de la política europea de ese país. En efecto, los sueños del

(24) Lefebvre, 1960, 199.

(25) Pabón, 1944, 33-34.

(26) Dard, 1958, 52.

Emperador, van ligados a una más activa participación dentro del marco europeo y aun más allá de estas barreras continentales.

No vamos aquí a entrar a analizar toda esta tan interesante problemática, que nos llevaría a muy extensas consideraciones. Baste ahora poner de manifiesto la intervención suya y de su familia, en Holanda, Nápoles, Prusia Renana y Venecia, donde sus cuatro hermanos fungirán como reyes. Se alía por la vía matrimonial con los Austrias, y constituye una corte imperial con cerca de 3.500 duques, condes, barones y caballeros que constituyen la aristocracia de su Imperio, donde existen los nobles tradicionales y los advenedizos. Nos engañaríamos lamentablemente si quisiéramos dar a todo esto, un alcance corto. Para Bonaparte el Imperio es la respuesta para conseguir la salvación de la Revolución. Para Napoleón Europa es una provincia del mundo.

“No hay en el mundo más que dos grandes estados, el de Oriente y Occidente”, dirá alguna vez. (27).

De modo que su idea imperial se conecta en forma directa con la de Carlos V, para quien la unidad de la cristiandad debía ser la base del Imperio. Secularizando esta idea con los sucesos de la Revolución Francesa, Napoleón piensa en un mundo dividido por los ideales de la civilización en dos, Oriente y Occidente.

Europa es para la mente de Napoleón una provincia del mundo y llega sobre esta base a considerar que una guerra entre naciones europeas no es sino una guerra civil. Imbuido dentro de una imaginación demasiado vivaz, llega en esta época de brotes nacionalistas, a soñar creaciones típicamente supra-nacionales. En Napoleón se explica el fenómeno por cuanto puede afirmarse que faltó en él tal sentimiento nacional. Sus hermanos al convertirse en reyes nacionales, se convierten en reyes de verdad, identificados con los intereses del pueblo que gobiernan, negándose sobre este fundamento someterse al juego de su hermano el Emperador, que ve más allá de estas barreras. De allí el amargo dolor de Napoleón, de haber considerado como uno de los mayores obstáculos a sus ideales el que presentó su propia familia.

En su exilio en Santa Elena Las Cases escribe:

“... Muchas veces oí repetir a Napoleón, que quiso constituir un instituto europeo, para animar, coordinar y dirigir todas las asociaciones doctas de Europa” (98).

Hubiera querido para Europa la unidad de la moneda, pesos y medidas, la uniformidad de la legislación.

“¿Por qué, decía, mi código Napoleónico no serviría de base a un código europeo, y mi universidad imperial a una universidad europea? De este modo hubiera constituido una familia: al viajar nadie cesaría de estar en su país” (29).

Y en este soñar despierto de Napoleón, París habría de constituirse en la capital de Europa. El propio Papa trasladaría su residencia a esta capital, sede imperial, de modo que sin fusionar los poderes temporales y espirituales, París sería el gran centro europeo. Soñó en ver a París con dos, tres o cuatro millones de habitantes, es decir, con que la ciudad fuera lo nunca visto hasta aquellos momentos en el mundo occidental.

El gran Imperio instituido por Napoleón era una encarnación de la idea romana, de modo que la constitución de numerosos estados federativos, era el paso previo y necesario para el imperio universal. Y como los romanos, una de sus principales tareas consistió en lograr acercar por numerosas vías modernas, a los pueblos europeos.

(27) Pabón, 1944, 71.

(28) Las Cases, s. f., IV:121.

(29) Las Cases, s. f., IV:121.

O'Meara en sus *Récits de Sainte Hélène* pregunta:

"¿Queréis saber cuáles son los tesoros de Napoleón? Pues bien, aunque inmensos, se hallan expuestos a la luz del día. Hélos aquí: el magnífico puerto de Amberes y el de Flessinga, capaces de albergar las escuadras más numerosas y de preservarlas de los hielos del mar; las obras hidráulicas de Dunkerque, del Havre, de Niza; el puerto gigantesco de Cherburgo, las obras marítimas de Venecia, las soberbias carreteras de Amberes a Amsterdam, de Maguncia a Metz, de Burdeos a Bayona; los papales del Simplón, del Mont-Cenis, del Mont-Genève, de la Corniche, que abren los Alpes en cuatro direcciones, y superan en audacia, en grandeza, en esfuerzo y en arte a todos los trabajos de los romanos. Los caminos de los Pirineos a los Alpes, de Parma a Spezzia, de Savona al Piamonte; los puentes de Jena, de Austerlitz, de las Artes, de Sèvres, de Tours, de Roanne, de Lyon, de Turín, del Isère, del Durance, de Burdeos, de Ruán; el canal que une al Rin con el Ródano por Doubs, comunicando las aguas de Holanda con el Mediterráneo; el que une al Escalda con el Somme, comunicando a Amsterdam con París; en que al Rance con el Vilaine, el canal de Arlés, el de Pavía, el del Rin; la desecación de los pantanos de Burgoín, del Contentin, de Rocheford; la restauración de la mayor parte de las iglesias demolidas durante la Revolución, la construcción de otras nuevas y de numerosos establecimientos industriales para la extirpación de la mendicidad; la construcción del Louvre, el de los graneros públicos, del Banco, del Canal de Ourcq; la distribución de aguas de la ciudad de París; los numerosos alcantarillados, los muelles, los embellecimientos de Roma; la restauración de las manufacturas de Lyon, la creación de muchos centenares de fábricas de algodón, de hilados y de tejidos que emplean muchos millones de obreros; los fondos acumulados para crear más de cuatrocientas fábricas de azúcar de remolacha para consumo de una parte de Francia y que habrían proporcionado el azúcar al mismo precio que el de las Indias si se las hubiese seguido estimulando durante nada más que cuatro años; la sustitución del índigo por el pastel, que estuvo a punto de obtener en Francia con la misma perfección y a un precio tan barato como el de ese producto de las colonias; las numerosas fábricas de toda clase de objetos de arte... "¡He ahí lo bastante para constituir un tesoro de muchos millones que durará siglos!" (30).

Otra importante faceta de Napoleón como estadista, fue la de considerar que, pese a su poder político y militar, no bastaba todo ello para satisfacer su espíritu imperial. De modo que procuró por muy diversos medios atraerse los espíritus inquietos e inquisitivos de su tiempo, no escatimando ningún esfuerzo para inspirar las ciencias, la literatura, el arte y el pensamiento.

Sin embargo esta actitud no fue fríamente política; el propio Emperador encontraba en estas tareas deleite en su espíritu. Halló siempre el tiempo dentro de sus innumerables tareas, para consagrarse al estudio y la meditación sobre materias como las matemáticas y la ciencia en general, que tanto le atraían.

La principal obra educativa de Napoleón en este período, es el establecimiento de la Universidad Imperial, tomó para ello como modelo, a la disciplina de la orden de los Jesuitas y fue concebida para coronar la estructura completa de la Educación.

Las artes y el pensamiento se hallaron en su tiempo indudablemente afectadas por la limitada libertad en que desarrolló su imperio. Los estímulos oficiales no fueron razón suficiente para su florecimiento. No obstante ello, debe destacarse que la pintura cobró una dimensión singular, dando origen a un peculiar estilo, el Imperio, rico y pesado, de inspiración clásica pero sobre formas modernas. La arquitectura y

la escultura son quizás los campos en lo que se hallan las mejores realizaciones, y es en donde encuentra refugio a la expresión de grandeza que anhelaba. De este modo Percier y Fontaine dieron culminación a obras como la Opera de París, Gondouin erigió la columna Vendôme, Chalgrin inició la obra grandiosa —que no terminó— del Arco del Triunfo, etc.

En literatura es donde los éxitos de Napoleón están más constreñidos puesto que él mismo lo reconoció con cierto dejo de dolor: "los escritorillos están conmigo; los grandes escritores enfrente". En efecto Maistre, Chateaubriand y Madame de Staël formaron las filas de la oposición y le combatieron en sus escritos.

Napoleón llegó a constituir un imperio que en 1812 cubría 750.000 km.² y comprendía 44 millones de habitantes. Desarrolló una política económica en la que Colbert, más que Adam Smith, están presente espiritualmente. Disminuyó el impuesto directo y preparó una repartición más racional, de la contribución sobre las tierras, mediante la organización de un eficiente sistema catastral.

"En cambio, aumentó los derechos sobre las bebidas, restableció el impuesto de la sal y el monopolio del tabaco, multiplicó los derechos de consumo" (31).

Pero pese a aspectos tan importantes de la política interior de Napoleón, este período es pleno en logros externos y el mayor esfuerzo y la mayor proyección está hacia fuera. No vamos a analizar tampoco las complejidades del mundo europeo. Baste hablar de los esfuerzos empleados por Napoleón para estrangular comercialmente a Inglaterra, lo que obligó a Austria y Rusia a adoptar precauciones frente a Napoleón que condujeron a futuros conflictos bélicos con Francia. Napoleón, para enfrentarse con éxito a Inglaterra, necesitaba la paz del continente, pero no la logró. En una de sus mejoras etapas, Trafalgar viene a mostrar la supremacía de Inglaterra en los mares, en momentos en que la posesión continental de Napoleón estaba bastante consolidada. El caso de Inglaterra puede ser enjuiciado como una lucha de imperialismos; lucha que estorbó a los planes del emperador de los franceses, empeñado en la unidad supranacional europea, dentro de la cual Inglaterra quiso mantener la independencia que Napoleón no admitía. Los errores de Napoleón en estas luchas, sumados a sus desaciertos en cuanto a España, a la que creía poder incorporar fácilmente, pues suponía en el pueblo español una mentalidad que no tenía por cuanto allí no había ocurrido Revolución francesa, son dos de los más salientes hechos que explican el fracaso de su soñado Imperio.

CONSIDERACION FINAL

Muchos otros asuntos nos quedan sin particular mención. Mas debemos terminar nuestras consideraciones sobre el gran corso. La realidad es la que nos describe Schnabel:

"La época de Napoleón pasó en rauda curso; pero no fue olvidada. Aún cuando el Imperio sucumbió y el emperador cayó por tierra, fue tan honda la impresión producida en todos los países por esos quince años de duración del Imperio, que en vano intentó la reacción borrar sus huellas. Ciertamente el sol de Austerlitz desapareció en el ocaso y las hazañas se difuminaron en la lejanía grisácea; pero permanecieron firmes las bases de un nuevo orden social y de un nuevo espíritu. En ellos se asienta Europa hasta el día de hoy" (32).

El mismo Congreso de Viena, que fue la primera ocasión en que los países europeos buscaron resolver sus problemas internacionales por la vía de la deliberación, representa en cierto modo uno de los beneficios derivados de la misma política de

(31) Lefebvre, 1960, 247.

(32) Schnabel, Franz, en Goetz, 1931, VII:255.

Napoleón, para quien sus victorias militares no representaron el momento de la venganza.

Oigamos al Bonaparte de Santa Elena:

"En Austerlitz dejé en libertad a Alejandro, a quien podía haber hecho mi prisionero.

Después de Jena dejé en el trono a la Casa de Prusia, a la que había derribado de él.

Después de Wagram no me cuidé de destrozar a la monarquía Austríaca.

¿Se atribuirá todo eso a simple magnanimidad? Las personas fuertes y profundas tendrían derecho a censurarme por ello. Sin rechazar ese sentimiento, que no me es extraño, aspiraba a proyectos más altos todavía. Quería preparar la fusión de los grandes intereses europeos, como había realizado la de los partidos entre nosotros. Tenía la ambición de arbitrar un día la gran causa de los pueblos y de los reyes; por lo tanto tenía que crearme títulos ante los reyes; que hacerme popular entre ellos.

Es cierto que eso no podía ser sin perder ante los pueblos, me daba buena cuenta de ello. Me inquietaban poco las murmuraciones pasajeras de los pueblos, muy seguro de que el resultado los pondría otra vez a mi favor infaliblemente" (33).

Es decir, que las batallas ganadas, en modo alguno ofuscaron a Napoleón para afirmar los principios fundamentales de su concepción como estadista.

De este modo, como el Cid Campeador, Napoleón ganará batallas después de muerto. La sombra del emperador terminará incluso en 1830 de echar de Francia a los Borbones.

Napoleón es el autor de una gran obra histórica, que va ligada a su propia biografía. Sería exagerado, sin lugar a dudas, atribuir a Napoleón todos los méritos que cabe reconocer a su obra. La acogida que el pueblo dio a sus empeños, obedece a la oportunidad histórica en que le tocó actuar, demasiado tarde o mejor quizás demasiado temprano por sus ideales. Sabía muy bien Napoleón del imperio de las dos potencias, el sable y el espíritu, en el mundo. Claramente conoció a ambas y por ello se entregó preferentemente a crear con el sable, las obras del espíritu. Porque él bien lo sabía: "A la larga, el sable es vencido siempre por el espíritu".

F U E N T E S

- AUBRY, OCTAVE: 1951, "El Pensamiento vivo de Napoleón". Biblioteca del Pensamiento Vivo. Editorial Losada S. A. Buenos Aires.
- BOUTHOU, GASTON y ORTUÑO, MANUEL: 1966, "Antología de las Ideas Políticas,," Editorial Renacimiento S. A., México, 2 tomos.
- DARD, EMILE: 1958, "Napoleón y Talleyrand". Versión española de Odon Durán D'Ocon.
- GOETZ, WALTER: 1931, "Historia Universal". Vol. VII. Barcelona.
- IBARRA y RODRIGUEZ, EDUARDO (editor): 1950, "Historia del Mundo en la Edad Moderna". Tomo VIII, Napoleón. Editorial Ramón Sopena S. A., Barcelona.
- LAS CASES: s. f. "Memorial de Santa Elena". Casa Editorial Garnier Hnos., París.
- LEFEBVRE, Georges: 1960: "La Revolución Francesa y el Imperio". Breviarios Fondo de Cultura Económica, México.
- MAUROIS, ANDRE: 1958: "Historia de Francia". Editorial Blume, Barcelona.
- PABON, JESUS: 1944: "Las Ideas y el Sistema Napoleónico". Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- PIRENNE JACQUES: 1961, "Historia Universal. Las grandes corrientes de la Historia". Editorial Exitó, Barcelona.